



Gramuglio, María Teresa

Las cosas útiles y magníficas una lectura de Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina de Adolfo Prieto)



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Þ Gramuglio, M. T. (2000). Las cosas útiles y magníficas : (A partir de una emergencia de la literatura argentina de Adolfo Prieto). Prismas, 4(4), 201-205. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2630>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

“Las cosas útiles y magníficas”

(A partir de una lectura de Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina de Adolfo Prieto)

María Teresa Gramuglio

UBA / UNR

En dos de sus novelas, *Nostramo* y *Gaspar Ruiz*, Joseph Conrad describe paisajes sudamericanos. En la primera se lee:

La claridad del día rompe en lo alto por detrás del colosal y aserrado murallón de la Cordillera, ofreciendo una visión nítidamente perfilada de oscuros picos que yerguen sus escarpadas vertientes sobre un alto pedestal de bosque, asentado en el borde mismo de la playa. Entre ellos se alza majestuosa sobre el azul la blanca cima del Higuerota. [...]

El puerto es una masa oblonga de agua, que tiene forma de lago. En un lado, los cortos espolones vestidos de bosque y los valles de la Cordillera bajan en ángulo recto hasta la misma costa; y en el otro, se abre a la vista la gran llanura de Sulaco, perdiéndose en el misterioso ópalo de las grandes distancias envueltas en árida bruma.

En la segunda:

Un sol rojo y despejado, ocultándose en un océano purpúreo, contemplaba con altiva fijeza la ingente muralla de las cordilleras, testigo de excepción del glorioso ocaso.

Cruzamos las tierras bajas [...] y de los valles inferiores subimos a las escarpadas cimas. La excursión no careció de peligros. Un sendero de cornisa, practicado en un muro de basalto casi perpendicular ser-

pentebaba alrededor de una estribación rocosa, y al cabo salimos de las negruras de una honda sima a la planicie... Era una llanura de fina hierba verde y arbustos de menudas flores. Pero encima de nuestras cabezas abundaban las manchas de nieve en las quebraduras de las vastas paredes rocosas.

Ambas novelas transcurren en Sudamérica. La primera en Costaguana, un país imaginario situado en la costa del Pacífico Norte, durante el último tercio del siglo XIX. La segunda en Chile, también sobre el Pacífico pero al sur, y en la Argentina, del otro lado de la Cordillera, durante las campañas del Ejército Libertador contra los españoles. Tal vez por el mayor interés que otras zonas de la geografía colonial adquirieron en los centros metropolitanos, las imágenes de Sudamérica en estas novelas, con las particularidades del paisaje y de sus tipos característicos, no parecen haber sido exploradas en la abundante bibliografía crítica sobre Conrad producida en esos centros. Aunque parezca extraño, un libro sobre los viajeros ingleses en la literatura argentina vino a llamar la atención sobre este aspecto.¹

¹ Por ejemplo, a partir de las hipótesis sugeridas por el libro de Adolfo Prieto, Mariano Siskind lo desarrolló en “Imágenes de Sudamérica en los textos de Joseph Conrad”, 1998, mimeo.

Y no porque se ignorara que Conrad mismo fue, como marino, un viajero, ni porque se desconocieran sus conexiones con Hudson y Cunninghame Graham. Sino porque la lectura de este libro hizo perceptible la huella, en estas novelas, de ciertos tópicos acuñados por Humboldt para las representaciones del paisaje sudamericano: las visiones de una naturaleza grandiosa que se despliega en los espacios imponentes de cordillera, selva y llanura; la tensión entre el primitivismo casi edénico que se encuentra en esos paisajes y las transformaciones que necesariamente reclama la explotación de sus recursos; la afinidad con el tratamiento estético adoptado por Humboldt para dar cuenta de esa misma naturaleza americana que él exploraba con fines utilitarios, vinculado, en su caso, con las concepciones románticas de armonía cósmica. Además, siendo que Conrad apenas tocó algunos puntos costeros de América del Sur, sus historias y sus descripciones se reconocen como doblemente orientadas por la perspectiva del viajero: la suya propia, tan incompleta y fugaz, y la de los libros de viajeros anteriores, que él mismo se encarga de señalar en los prólogos como disparadores de sus relatos. En este último caso, se trata de otros exponentes de esa profusa literatura de viajes cuyas redes textuales Prieto reconstruye para el ámbito del Río de la Plata.

¿Por qué elegir un comienzo tan indirecto, es decir, tan alejado de lo que constituye el objeto específico del estudio de Prieto? Porque ese alejamiento aparentemente arbitrario resulta adecuado para sugerir que el valor de algunos libros no se agota en aquello que descubren, sino, como en este caso, en lo que nos permiten descubrir más allá de sus objetivos declarados y acotados. El objetivo acotado de las investigaciones de Prieto es el análisis de las imágenes de la Argentina elaboradas por los viajeros ingleses que la recorrieron entre los años 1820 y 1835, para indagar luego las relaciones que establecieron

con esas imágenes los escritores de la primera generación romántica que buscaban llevar adelante un programa de literatura nacional complementario de la independencia política. El análisis revela que los relatos de los viajeros conformaron un archivo de representaciones del territorio y de tópicos que orientaron y al mismo tiempo legitimaron las elecciones realizadas en los textos fundadores de Alberdi, Echeverría, Mármol y Sarmiento. Y revela además que las imágenes elaboradas en los libros de los ingleses se sustentaban a su vez en unos modelos provenientes de un precursor fuerte que, sin embargo, nunca había estado en el Río de la Plata: Alexander von Humboldt, “decano de los viajeros”. En otras palabras, presencia de los libros de viajes y de la mirada de los viajeros en un *corpus* en donde hasta entonces no se lo había percibido de manera sistemática, el de los textos que se disputan el descubrimiento del “patrimonio” —como llamó Echeverría al “desierto”— disponible para edificar la literatura nacional.²

Los recursos y procedimientos literarios que Humboldt combinó en sus célebres producciones editoriales sobre Sudamérica, los *Voyages aux Régions équinoxiales du Nouveau Continent* (París, 1809-1824), que muy pronto comenzaron a ser traducidos al inglés, brindaron un nuevo paradigma perdurable a la literatura de viajes, a la que dotaron de repertorios temáticos, módulos narrativos y de un nuevo tipo de sensibilidad hasta entonces ausente en las convenciones establecidas del género. Como bien puntualiza Prieto, esas innovaciones implicaban una combinación que el mismo Humboldt resumió en la fórmula de “tratar estéticamente los sujetos de la Historia Natural”, combinación que a su vez requería cierta vigilancia para precaverse de los

² Para algunos aspectos complementarios, véase María Teresa Gramuglio, “Viajeros ingleses, criollismo popular, literatura nacional”, *Punto de Vista*, XIX, No. 56, diciembre de 1996.

peligros que entrañaba por su misma novedad, entre ellos los de dejarse llevar por la imaginación y el sentimiento y “extraviarse en la prosa poética”: se puede suponer en la advertencia una alusión a los paisajes americanos imaginados y sentimentalizados de Chateaubriand, que con toda evidencia habían inducido a la efusión de las representaciones en la literatura de viajes posterior a la publicación de *Atala* (1801). El modelo de Humboldt, entonces, no solamente acuñó la tríada canónica de cordillera, selva y llanuras como signos emblemáticos de la naturaleza americana (a la que se deberían agregar los grandes ríos, ya presentes desde el *Mescha-cebé* –el Mississippi– de Chateaubriand). Prieto demuestra que la mayor parte de los viajeros ingleses al Río de la Plata tomaron también de él “la posibilidad de combinar las articulaciones de los discursos racionalista y romántico; el gusto por la andadura del relato, por las dimensiones de la peripecia personal; la confianza en las doctrinas de la especificidad del paisaje americano y de la armonía del hombre y la naturaleza”, y que cuando ciertas semejanzas lo permitían, aunque las observaciones de Humboldt se originaban en otra zona del continente, no dudaron en aplicarlas a sus propias experiencias:

Así –señala Prieto–, en algunas descripciones del cruce de los Andes apenas se disimula la gesticulación y el sentido escenográfico recortados en pasajes parecidos pero no idénticos de *Personal Narrative*. Así como se reconocerán los bosques tropicales de Cumaná, de la costa venezolana, en la presentación de lujuriosos bosques de la provincia de Tucumán. Ninguna extrapolación, sin embargo, tan esforzada (ni tan exitosa, por lo demás) como la que proyecta sobre numerosas descripciones de la inmensa llanura pampeana el largo segmento que Humboldt dedicó a recoger sus impresiones sobre las sabanas o estepas o llanos de Venezuela.

Esta demostración es posible gracias a una metodología rigurosa que, a partir de una lectura minuciosa de los textos, capaz de fijar etapas y de captar diferencias sutiles entre ellos, elabora una categoría central: la de red textual, entendiendo como tal un conjunto de textos que se articula sobre relaciones dinámicas y probadas de circulación y recepción. Junto a esa categoría se perfila otra, la de texto mediador: tal sería el papel de los libros de los viajeros ingleses, puesto que median doblemente, entre los escritores argentinos y el modelo de Humboldt en primer lugar, así como median entre el escritor argentino y su visión de los objetos emblemáticos para un programa de creación de una literatura nacional que debía sustentarse en los aspectos propios y originales que brindaba el escenario local. Fue en esos textos mediadores, en los libros de los viajeros, precisamente, donde los escritores argentinos aprendieron a reconocer los signos identificadores de nuestra vida natural y social. La construcción de la red textual permite además discernir la conformación de un conjunto de tópicos que se reiteran, puntuales, en razón de lo que Prieto denomina “la presión de la serie”, aunque es justo reconocer que ciertas reiteraciones no han pasado inadvertidas a otros lectores agudos. Así, para mencionar un ejemplo reciente, Juan José Saer, en *El río sin orillas*, nota que en distintas épocas diferentes viajeros al Río de la Plata se vieron atraídos por los mismos detalles, pero sin sospechar la cadena de lecturas, atribuye las repeticiones a la ignorancia de los registros anteriores, y encuentra en ese rasgo una perversa “acumulación de testimonios sobre lo Mismo”, vinculada, tal vez, con su tesis poética sobre la llanura como espacio que tiende a la repetición indefinida de lo semejante.³

³ La presencia de la literatura de los viajeros tiene además otras inflexiones en las ficciones de Saer. Véanse, por ejemplo, *El limonero real*, *La mayor* y *Las nubes*.

Resulta bastante curioso comprobar que los críticos literarios, sea en los medios periodísticos o en los académicos, prácticamente no se han ocupado de este libro. Tal vez ese descuido se vincule con cierta incapacidad para resistirse a las estrategias de autopromoción profesional y editorial. Resulta curioso porque *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina* sugiere unos corolarios renovadores, e incluso polémicos, en relación con la compleja y nunca definitivamente cerrada cuestión de las fuentes europeas del romanticismo local.⁴ En primer lugar, modifica sustancialmente la enciclopedia que hasta hoy se daba por cierta en la concepción de textos fundadores como *La cautiva* y *Facundo*. Cuestiona, al mismo tiempo, las lecturas que destacaron exclusivamente el aspecto utilitario de los relatos de los viajeros ingleses, sin registrar las huellas emocionales y estéticas que dejaron en ellos las lecturas del modelo de Humboldt. Y muestra que el romanticismo llegó a la literatura argentina por senderos muy diversos, entre ellos el que abrieron estos relatos. El capítulo dedicado a Echeverría ilustra esto con claridad. Porque entre los primeros poemas, donde la naturaleza americana es vertida en los moldes retóricos de los romanticismos byroniano y sentimental, combinados con reminiscencias neoclásicas, y la nueva plasmación de esa naturaleza en *La cautiva*, Prieto encuentra en las *Cartas a un amigo*, que siempre han sido consideradas el antecedente inmediato de *La cautiva*, la huella irrefutable del texto mediador, el relato del viajero inglés. Una presencia que también detecta en la contemporánea *Memoria descriptiva de Tucumán* de Alberdi, y que se prueba así decisiva para la

realización del programa de la independencia cultural reclamada por los primeros románticos en el plano literario: el conocimiento de la propia realidad, es decir de los aspectos utilitarios de la naturaleza, potenciados por la apreciación de sus posibilidades estéticas.

Si esta lectura del texto fuera acertada, parecería perfilarse un corolario adicional: la introducción en la literatura argentina, aun cuando muy diluida por la baja densidad estética de los textos de los viajeros ingleses y de nuestros románticos, de lo que podríamos llamar “otro romanticismo”, el primer romanticismo de alemanes e ingleses, junto al romanticismo francés y los influjos byronianos que se han considerado casi siempre exclusivos. En este punto habrá que recordar muy brevemente –y con todos los riesgos que esta brevedad implica– que el primer romanticismo alemán concibió la dimensión estética a partir de fuertes bases filosóficas y científicas, en las que la reflexión sobre la naturaleza, la “filosofía de la naturaleza”, ocupó un lugar destacado, y que en esta reflexión, a su vez, coexistían algunas concepciones provenientes del pensamiento ilustrado con las especulaciones de la filosofía trascendental. Estas vertientes, junto a la ya mencionada idea de armonía cósmica universal, parecerían alimentar la fórmula de Humboldt de “tratar estéticamente los sujetos de la Historia Natural”, y hacer posible, en sus representaciones de la naturaleza sudamericana, la combinación del registro utilitario con el registro de lo sublime. Los primeros románticos ingleses, por su parte, luego de su temprana decepción con la Revolución Francesa, se volvieron hacia los alemanes para practicar sus especulaciones, y en un contexto sensibilizado por los efectos de la revolución industrial, realizaron sus propios descubrimientos del potencial estético de la naturaleza y de otros sujetos valorizados por su proximidad con el estado de inocencia. Los poemas de Wordsworth y sus compañeros de *La Lake School*, como ha señalado Raymond

⁴ Véase al respecto Jorge Myers, “La revolución en las ideas: la generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas”, en Noemí Goldman (dir.), *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, *Nueva Historia Argentina*, t. III, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

Williams –y Prieto no deja de notarlo– son contemporáneos del momento en que una incipiente industria turística comenzaba a promover en Inglaterra refugios incontaminados por fábricas y aglomeraciones urbanas. Estas comprobaciones inducen a formular la hipótesis de que, si no la filosofía de la naturaleza alemana en forma directa, sí algo de ella a través de Humboldt, conocedor formado en el mismo suelo de ideas, y también los poetas del primer romanticismo inglés, habrían configurado los modos de percepción y elaboración literaria de los viajeros ingleses que incidieron en los escritores argentinos, y cabría por lo tanto investigar si esos modos ocupan algún lugar junto a las otras vetas tradicionalmente reconocidas provenientes del romanticismo francés. En relación con esa hipótesis, habría que preguntarse si en ese conjunto de ideas románticas sobre la naturaleza, lo racional-utilitario y lo romántico-sublime, más que términos absolutamente opuestos y contradictorios, no tendrían a fundirse en las visiones de la “naturaleza moralizada” que los alemanes elevaron a principio de comprensión, como autocrítica superadora de las ideas ilustradas de dominio instrumental. Si se admitieran estas perspectivas, la incorporación crítica de elementos ilustrados, al menos en lo que hace a las concepciones de la naturaleza, pero quizá también a otras cuestiones, debería verse como una forma de ser del romanticismo y no como una contradicción interna de los románticos argentinos.

Tales proposiciones exceden el objetivo rigurosamente acotado que Prieto impone a su investigación. Para volver, entonces, al modo como este libro nos sensibiliza para percibir que los tópicos que descubre persisten en textos muy distantes de los que forman su estricto *corpus*, pero ahora en la literatura argentina, quiero referirme a un texto nacional y nacionalista escrito en ocasión del Centenario de 1910: las *Odas seculares* de Leopoldo Lugones. Los poemas que integran las tres par-

tes en que se divide el conjunto despliegan lo que en el título del primero es presentado como una totalidad: “A la patria”. Y en los espacios que metonímicamente celebran a la patria, se reconoce la trinidad de cordillera, monte y llanura, a la que se agrega el gran río, con la oda “Al Plata”. En 1910, esos paisajes emblemáticos, sin perder sus atributos literarios característicos, aparecen transformados por las marcas de la historia y del progreso. Así, “A los Andes” muestra ahora la cordillera como “Moles perpetuas en que a sangre y fuego/ nuestra gente labró su mejor página”, y en la “manta de pámpanos” que se extiende a sus pies, encuentra la industria “que a la cuerda Mendoza civiliza.../ en el vino genial que el alma ilustra/ con su llama ligera y aromática”. En “A Tucumán”, a las imágenes de mollicie tropical y sensualidad bíblica se agrega “la civilización de la dulzura” de la industria azucarera. Pero ninguna transformación más espectacular que la de las pampas desoladas de los viajeros en “los campos” del primer verso de la larguísima oda “A los ganados y las mieses”, abundantes en toda clase de animales y de cultivos, poblados por inmigrantes, atravesados por trenes, casi como si fueran la realización de las visiones más optimistas de un viajero entusiasta. Sin embargo, apenas comenzado el poema, reaparece la palabra “pampa”, y tal vez atraído por ella, en una metáfora extendida, el más reiterado de los tópicos referidos a ese paisaje: la comparación de la pampa con el mar: “Negrea un monte en la extensión, macizo/ como un casco de buque cuya proa/ entra en el agua azul del horizonte,/ avanzando a lo inmenso de la zona/ la civilización del árbol, junta/ en la fresca bandera de su sombra”. Sólo falta destacar que la sección a que pertenece la oda “A los ganados y las mieses” lleva el subtítulo “Las cosas útiles y magníficas”. Claramente, evoca la fórmula que Prieto señala como síntesis de las innovaciones de Humboldt en el género de la literatura de viajes. □